13. LA RUEDA DE LA FORTUNA: ¡SOCORRO!

Todo va, todo vuelve; gira eternamente la rueda del ser... Tortuoso es el sendero de la eternidad.
Nietzsche

El Reino del Equilibrio empezó con una figura alegórica. La Justicia, que representa un concepto general; la siguió el Ermitaño que encarnaba su sabiduría de una manera mas individua. Ahora nuestro objetivo va de la contemplación intima de la illuminación personal hacia los más amplios principios universales, culminando con la pregunta central del destino frente al libre albedrío, como nos lo presenta la Rueda de la Fortuna.

En esta carta podemos ver a dos extraños animales que giran desesperadamente en la incesante Rueda de la Fortuna. Los animales llevan vestidos humanos. Quizá el Tarot trata de decirnos que nosotros, al igual que estos animales, estamos atrapados en el círculo sin fin de la predestinación de la Rueda de la Fortuna. ¿Quizá esta carta nos ofrece un mensaje más esperanzador?

Comentaristas anteriores han explorado en la genealogía de los dos animales de la rueda en busca de claves. La criatura que asciende por nuestra derecha ha sido relacionada con Anubis, el dios con cara de perro de Egipto, encargado de pesar las almas de los que morían; se le tiene por un factor positivo e integrador. El animal de nuestra izquierda, parecido a un mono, se asocia con Tifón, el dios de la destrucción y de la desintegración. La mayoría de los comentaristas ven a Tifón como un ser negativo en el sentido peyorativo y se complacen en señalar que se ha dibujado bajando, mientras que Anubis (el bueno) está subiendo.

Aunque es cierto que Tifón está bajando, no va a desaparecer por eso de la escena. Antes de que nos demos cuenta, la Rueda habrá girado y Tifón se encontrará en la posición del perro, en lo alto, mientras que Anubis se verá obligado a permanecer en las regiones inferiores. Las dos criaturas parecen estar fijadas a la Rueda, condenadas a un eterno girar. La mirada desesperada de la cara de Tifón nos señala que no está en el dibujo por su gusto. Parece rogarnos que le aceptemos como a un pasajero obligado de la Rueda. Parece como si de nuevo estuviéramos tratando con nuestros dos amigos, los opuestos, que representan dos tipos de energía. Vimos anteriormente esta representación en la pareja de caballos del Carro y en la pareja de platillos de la balanza de la Justicia. Ahora aparecen como dos formas de la libido del inconsciente animal, atrapadas en el interminable ciclo de la naturaleza: el yang necesita dominar y organizar, y la tendencia yin es recibir y contener. Como sabemos, las dos son instintivas en toda la naturaleza y operan continuamente en todos nosotros. El hecho de que estos dos animales lleven vestiduras humanas puede querer decir que las fuerzas que ellos representan están parcialmente civilizadas, han evolucionado a través de la conciencia hasta un punto tal que su energía puede ahora servir para el uso humano.

En la carta número ocho podíamos ver el yin y el yang en los platillos de la balanza de la Justicia guardados por una diosa de sabiduría imparcial que mantiene en alto una espada. Aquí los vemos como animales vivos atrapados en un ingenio vigilado por un monstruo de oscuros orígenes que sostiene su espada de manera descuidada y azarosa. Sea cual sea el poder que domina la Rueda de la Fortuna, es evidentemente amoral. Guarda poca relación con la justicia. Nos recuerda a aquel bufón que se burla de la autoridad del Rey al llevar puesta su corona.

Esa criatura oscura con su dorada corona está sentada sobre una plataforma, encima de la Rueda, separado de la actividad de ésta. A pesar de que el monstruo guarda la Rueda, no

le proporciona fuerza motriz. Las dos criaturas desesperadas de la pareja son las que le proveen de energía.
Tradicionalmente es labor del Héroe liberar a las desesperadas víctimas del monstruoso destino, liberándolas del cautiverio sin matarlas ni lesionarlas, pues las dos son necesarias para mantener la Rueda en movimiento. Traduciéndolo a un lenguaje más psicológico, es labor de cualquier ser que va en busca de autoconoci-miento liberar las energías animales atrapadas previamente en el círculo repetitivo de los instintos de manera que esta libido se pueda utilizar de manera más consciente. El primer paso en esta dirección es enfrentarse con la oscura criatura que está sentada sobre la Rueda, quien tiene atrapadas a estas dos bestias esclavizadas.
Al igual que los dragones o animales mitológicos encargados de guardar un tesoro de logro difícil, estas criaturas son un conglomerado monstruoso de partes bestiales que representan una odiosa aberración del orden natural. Quizá quiere simbolizar el caos preexistente a la creación. El animal está desnudo aunque lleva una corona dorada que sugiere que, a pesar de que su energía sea primitiva, su poder es divino. Tiene cara de mico y el cuerpo y la cola de león; sus alas rojas de murciélago lo relacionan con la noche y con el Diablo, a quien encontraremos en la carta número quince. Ver una espada en manos de semejante monstruo es realmente alarmante. Solamente su corona dorada nos deja entrever la esperanza de que esta extraña bestia tenga algún aspecto redentor. De hecho, es una esfinge.
A primera vista parece descabellado pensar en esta criatura como esfinge. Ciertamente su rostro oscuro, casi travieso, no se parece en nada al de su serena y dorada oponente, la familiar esfinge egipcia. Son realmente opuestas. La esfinge egipcia es un símbolo masculino asociado al dios solar Horus, mientras que la esfinge aquí dibujada tiene apariencia femenina, similar a la esfinge de la mitología griega que representa el principio de la madre negativa.
Si tomamos a la Emperatriz del Tarot, carta número tres, como símbolo del principio de la madre positiva, veremos al monstruo que tenemos ante nuestros ojos como su fatal opuesto. Podemos ver a la criatura sentada encima de la rueda como la parodia de la Emperatriz. Como ella, lleva una corona dorada, pero en este caso le cae mal, es incongruente con su cara de mona; la impertinencia descuidada con la que sostiene la espada parece un remedo de cómo sostiene la Emperatriz su cetro. Incluso las monstruosas alas rojas de la esfinge sugieren aquellas «alas de ángel» que recordaba el trono de la Emperatriz. El hecho de que la Rueda de la Fortuna aparezca directamente debajo de la carta de la Emperatriz en el mapa de nuestro viaje (fig. 3) viene a confirmar la idea de que esta esfinge representa su aspecto sombrío. -
La madre esfinge negativa fue inmortalizada por el mito de Edipo, donde sale al paso del héroe pidiéndole soluciones a sus adivinanzas antes de permitirle proseguir. La pintura de Moreau Edipo y la Esfinge (fig. 45), representa a esta última esfinge como una arpía seductora, clavando sus garras en Edipo para impedir que progrese, minando su vitalidad y poniendo en peligro toda su vida. Esta arpía depredadora vive aún hoy en todas aquellas mujeres que saltan sobre uno a la menor oportunidad con preguntas insidiosas. El significado de la confrontación del héroe con la madre negativa que tan claramente se nos sugiere en la cima de la Rueda de la Fortuna, podemos estudiarlo y aclararlo a través del estudio del simbolismo de la historia de Edipo tal como lo hace Marie Louise von Franz en su libro El problema del Puer Aeternus (El problema del niño eterno).1 Allí nos explica que, aunque Edipo resolvió con éxito la pregunta propuesta por la Esfinge, no por eso redimió su naturaleza instintiva del poder de la misma. Por el contrario, quedó atrapado entre las garras del cruel destino al igual que cualquiera de los desesperados animales que giran en

la rueda de su comportamiento instintivo y predestinado. De hecho, mató a su padre y se unió a su madre, cumpliendo así su destino como se había profetizado. El resultado psicológico fue igualmente fatal. Al matar a su padre (símbolo de orden masculino dominante) y casarse con su madre la reina Yocasta (símbolo del principio legislador femenino), Edipo se identificó con el símbolo femenino, enterrando su masculinidad en el vientre de la Gran Madre.

Como resultado del hecho mítico, precisamente porque Edipo supo responder al acertijo de la Esfinge, ganó a Yocasta como recompensa. Resulta una ironía, como aclara von Franz, que Yocasta misma se convierta en la manifestación humana del arquetipo de la Madre Devoradora que Edipo creyó vencer al responder acertadamente a la Esfinge en su juego de palabras. Su intelecto superior fue castigado, pues los dioses son celosos de comportamientos tan orgullosos como el suyo.

También a nosotros nos sucede algo parecido al enfrentarnos a la esfinge de la Rueda: no podemos dar rienda suelta a nuestras energías creativas con gimnasias mentales ni podemos esquivar nuestro destino humano por el solo hecho de dar respuetas audaces. Como nos recuerda Marie Louise von Franz, eso es una hábil trampa del inconsciente para distraer al héroe (la conciencia humana alcanzando la plenitud) proponiendo preguntas filosóficas en el preciso momento en que éste necesita hacer frente a las solicitaciones de su naturaleza instintiva. Al caer en la trampa del juego de palabras de la esfinge, Edipo salvó su intelecto pero sacrificó su falo, su masculinidad terrenal.

A través de la historia de la humanidad podemos ver cuántas veces el hombre ha hecho intentos heroicos por liberarse del control automático de su naturaleza animal, buscando descubrir siempre algún patrón de conducta para el insensato e interminable ciclo de nacimiento y muerte, encontrando un significado trascendental en el aparentemente quijotesco subir y bajar de la Rueda de la Fortuna. El primer paso en la búsqueda del héroe se representa umversalmente como un acto de desafío a la madre negativa.

Tanto en la cultura oriental como en la occidental el principio femenino se experimenta como un poder monstruoso e implacable que preside los giros de fortuna de la humanidad. En su ya clásica obra La Gran Madre, Erich Neumann ilustra y comenta dos ejemplos de este tema.2 El primero de ellos, nacido en el Este, es la Rueda de la Vida del Tibet que se encuentra suspendida en las manos de la oscura bruja Srinmo, la femenina diablesa de la muerte. El segundo ejemplo, de origen occidental, es la llamada Rueda de la Madre Naturaleza (una figura de la Edad Media), gobernada por el tricéfalo Tiempo que se yergue inmóvil sobre ella.

Una de las barajas más antiguas que existen presenta la Rueda de la Fortuna con cuatro seres humanos atrapados en ella (fig. 46). El que está subiendo nos indica Regnabo (reinaré), mientras le crecen un par de orejas de burro. La figura superior, con las orejas ya completamente crecidas, sostiene el cetro mientras nos dice Regno (reino). La figura que está cayendo perdió ya sus orejas pero parece crecerle un rabo; dice Regnavi (reiné). Hay un hombre con barba en el suelo, la única figura totalmente humana de los cuatro; está a gatas y dice: Sum sine regno (estoy sin reino). Vemos a la Fortuna entronizada en el centro de la rueda. Es ciega y lleva un par de alas doradas, lo cual nos indica dos cosas: la indiferencia hacia las promesas de los hombres y su poder celestial de controlar el destino. Sencillamente, convierte en burros a aquellos que osan elevarse por encima de ella. Se venga de ellos lanzándolos al suelo como bestezuelas. El viejo que se encuentra bajo la rueda, como Edipo en Colono, ha caído también de las alturas, pero, como Edipo, también, a través de esta experiencia, se ha convertido en un ser verdaderamente humano.

La rueda se representa muy a menudo como un correctivo de la hybris. El arte de la Edad Media lo representa muy a menudo como un instrumento de tortura mediante el cual los

orgullosos son lanzados al infierno mientras el diablo da vueltas a la manivela. La historia griega de Ixíon trata de un tema similar. En este mito, Ixíon fu,e atado por Zeus a una rueda de fuego, pues fue tan atrevido como para enamorarse de Hera, la Reina Madre del Olimpo. Como ocurrió con Edipo, los dioses castigan irremisiblemente a aquéllos que, olvidando sus limitaciones humanas, aspiran a burlarse (poniéndole cuernos) del principio masculino, simbolizado en esta historia por Zeus.

Vale la pena señalar en esta historia que Ixíon, enorgullecido, se elevó tan por encima del nivel humano que fecundó a una nube, produciendo de esta manera el primer centauro, una criatura monstruosa que tenía cabeza y hombros humanos pero cuerpo de caballo. La fisiología del Centauro es tal que aunque tenga cabeza, y podríamos atribuirle una inteligencia humana, ésta se encuentra situada de tal manera que es incapaz de observar y de modificar su bestialidad, ya que su naturaleza animal y las partes sexuales están colocadas detrás de él (en el inconsciente), donde no es posible verlas e integrarlas de forma humana. Como se deduce de este mito, las criaturas concebidas bajo el influjo del orgullo, entre las nubes de la soberbia, están destinadas a ser monstruosas. Cuando Ixíon, negando sus orígenes humanos, ascendió por encima de sí mismo para cohabitar con los dioses, no creó entonces un superhombre de proporciones divinas. Por el contrario, produjo una malformación, un engendro psíquico: una criatura dividida cuya energía y sexualidad habían retrocedido al nivel animal.

Dado que la Esfinge del Tarot es tan monstruosa, su sola presencia nos advierte del destino que aguarda a aquéllos que osan elevarse por encima del resto de las criaturas y escapar así de la rueda del destino humano. Si no podemos elevarnos por encima de nuestro destino, hemos de encontrar alguna manera distinta de tratar con la esfinge y su Rueda.

Por ahora, debe estar ya claro que esta esfinge, como toda hembra (sea diosa, bruja, humana o monstruosa) está llena de contradicciones. Por un lado, se nos presenta con un trabajo heroico: la oportunidad del ser humano, animándonos a hallar el significado dentro de un sistema aparentemente movido sólo por la energía animal. Por otro lado, nos atrae con sus adivinanzas distrayéndonos de nuestra búsqueda, minando nuestra fuerza con sus insaciables preguntas.

La Rueda del Tarot refleja la paradoja de su gobernante. Las bestias cautivas deben recordarnos las limitaciones impuestas por nuestra naturaleza animal. Al mismo tiempo, sin embargo, nos ofrecen la oportunidad de trascender estas limitaciones, intercediendo si hiciera falta por nosotros. Podemos ver La Rueda a la vez como un recipiente circular que contiene a toda la naturaleza dentro de unas fronteras preestablecidas, y como la fuente de energía mediante la cual podemos, conscientemente, ir más allá de estas fronteras. El truco es: ¿cómo liberar algo de esta energía cautiva para usarla conscientemente sin caer atrapados en las artimañas de la esfinge? Mientras tanto, ahí permanece sentada, sonriendo, pensando en sus acertijos: «¿qué es... algo que lleva alas de demonio, una pezuña partida, rabo, lleva espada y una corona dorada?». Por ahora, lo que sabemos es que sería fatal sucumbir a la invitación de esta criatura a lanzarnos a una pirueta dialéctica. Como sucede con el rompecabezas que suele presentarse en nuestros sueños, la mejor manera de solucionar los acertijos de La Rueda del Tarot es mirar bien las imágenes que se nos presentan y estudiarlas en contextos diferentes. Cada carta del Tarot, así como cada sueño, nos plantea preguntas cuya respuesta sólo ella o ellos contienen. Solamente dejando girar a nuestra imaginación con la Rueda de la esfinge podremos evitar el quedar atrapados en su red de pensamientos circulares, liberando así nuestras energías para conseguir encontrar, tras las preguntas qué propone, el oculto significado que guarda.

Vamos, pues, a meditar acerca de la Rueda que tenemos delante. Es ante todo un sistema de fuerzas cuya esencia es el movimiento. Aunque vamos a utilizarla (como de hecho se ha utilizado a través de la historia de la humanidad) como un diagrama móvil para medir la interrelación de las diversas facetas de la naturaleza, incluyendo la humana. Aquí la vida se nos presenta como un proceso, como un sistema de constante transformación que incluye a la vez la integración y la desintegración, la generación y la degeneración. Arriba y abajo no se muestran aquí como dos fuerzas fijas en lucha constante; por el contrario, se nos presentan en un abanico total de gradación infinitesimal, de alturas varias, las cuales inciden sutilmente unas en otras, como lo hacen las estaciones del año.

Como revela el constante girar de la rueda, nada existe por sí mismo; todo se manifiesta y todo muere. No lo hace en una secuencia de tiempo determinada, sino de modo simultáneo. Ahora mismo, al leer estas líneas, algunas de las células de nuestro cuerpo mueren, mientras otras nacen.

Meditar acerca del movimiento perpetuo de La Rueda puede ayudarnos a experimentar la simultaneidad de los opuestos; incluso las fuerzas aparentemente irreconciliables llamadas muerte y vida. Meditando acerca de esta carta, podemos experimentar un mundo que no está creado en el tiempo: un sistema que no empezó nunca y que no acabará nunca. A medida que se tranquiliza nuestra respiración y sincronizamos los latidos de nuestro corazón con los giros de la Rueda, podemos conectar con nuestro nacer y nuestro morir, no como dos acontecimientos concretos que marcaron el principio y el fin de una experiencia lineal llamada vida, sino como dos aspectos perpetuamente presentes de un proceso continuo cuyo desarrollo se extiende hasta el infinito. En este momento es cuando se puede experimentar cómo La Rueda se mueve a través del tiempo, saltando en continuos ciclos de vida, muerte y renacimiento. En este momento ya no consideramos estéril su movimiento, unos gestos repetitivos, una incesante ondulación del día hacia la noche y empezar de nuevo... Empezamos a experimentar que cada amanecer nos trae un día totalmente nuevo y que la oscuridad de cada noche nos envuelve de regreso a su seno. En estos momentos de visión interior, nuestros huesos se ven fortalecidos con una nueva vida, y nuestra sangre canta con el conocimiento seguro de que cada día renacemos de nuevo.

Hay un gran número de opuestos representados en La Rueda, por ejemplo: movimiento y estabilidad, trascendencia e intrascendencia, lo temporal y lo eterno. Si miramos cómo gira la rueda, veremos cómo estos opuestos trabajan juntos; cómo el amplio movimiento de su propósito exterior (su razón de ser) sería imposible si no fuera por la estabilidad que le concede su centro fijo.

El centro, pequeño y cerrado, nos ofrece poco lugar para la expansión y la diferenciación, no está abierta a nueva luz ni a nuevas influencias ni a amplias variaciones rítmicas. Por contraste, su amplio borde está expuesto por su rápido movimiento a varias visiones nuevas que se le presentan con gran velocidad. Podríamos colocar cientos de puestos de observación en el amplio círculo exterior y cada uno de ellos con una visión distinta de la de los demás. El borde es vertiginoso, está lleno de energías y de ideas nuevas, pero carece de estabilidad y unidad.

Para expresar estas ideas con otras palabras, podríamos decir que el centro de la rueda representa la ley universal y el borde exterior la aplicación individual. En el centro se halla lo arquetípico o eterno y en el borde exterior lo específico y lo efímero; en el centro, lo subjetivo e ideal, y en la periferia lo objetivo y real. Es como si la necesidad primordial de creación de la divinidad, la idea central de toda manifestación, girando sobre sí misma, saliera a la periferia donde aparecería con mil aspectos diferentes. El centro expresa la plenitud indiferenciada del puro ser, cuya esencia es inmutable e imperecedera, mientras

el borde ofrece modificaciones, experiencias, movimientos, todo ello necesariamente a costa de una menor unidad.
A mí me parece que La Rueda del Tarot es un vehículo excelente para visualizar y comprender lo que creo que Jung quiso significar con unos términos que a menudo se entendieron mal: «introversión» y «extraversión». Al introvertido me lo imagino viviendo cerca del centro de la Rueda. Lo que le preocupa más es el espacio interior; las imágenes primordiales de su mundo interior son las figuras arquetípicas instintivas de la psique humana, cuya naturaleza esencial permanece constante a través de las generaciones. Al extravertido me lo imagino viviendo cerca del borde exterior, donde se ve atraído primordialmente por el espacio externo: le gusta el movimiento, la exploración, la aventura y se ve fácilmente estimulado por la gente, los lugares y los planetas.
Al introvertido todos estos estímulos le parecen amenazas. Antes de que pueda contemplar el mundo exterior, tiene que conectar consigo mismo (sí-mismo), explorando sus profundidades interiores. Debe descubrir el significado de su vida interior antes de que pueda tomar parte en la montaña de acontecimientos que el mundo exterior se empeña en presentar.
Para el extra vertido, por supuesto, es exactamente al revés. Para él, la excitación de los acontecimientos externos es a la vez atractiva y significativa. Por el contrario, no se atreve a abordar la masa de imágenes caóticas del mundo interior. Alcanza en seguida el objeto externo y es a través de esta experiencia, con el estímulo exterior, como conecta con su ser interior. Resumiendo, podríamos decir que el introvertido aprende a hacer por el ser y el ex-travertido aprende a ser por el hacer.
Obviamente, y por suerte, en la naturaleza no existe un ejemplar puro de ninguno de estos dos tipos. Una persona totalmente introvertida quedaría inmóvil ante el trabajo, como un vegetal. Una persona totalmente extravertida viviría enteramente en el borde exterior, donde sus energías se derramarían en todas direcciones como las chispas de una rueda de fuegos de artificio, dejando luego tras de sí un cartucho quemado y vacío. Esto no es la clasificación rígida de unos tipos de actitud, es tan sólo la indicación de unas tendencias innatas, más pronunciadas en unos que en otros. A medida que uno crece en autoconocimiento, puede modificar su tendencia natural. Comprendida y aceptada la propia actitud típica, ésta puede convertirse en fuente de energía más que en limitación. En principio, una persona madura desarrolla todas las facetas de su personalidad de manera que es difícil determinar por su comportamiento externo solamente cuál es su tipo natal. Por ejemplo, esa mujer atractiva que se dirige a cientos de personas desde su tarima puede ser una introvertida mientras que el alumno aparentemente tranquilo que está sentado en la sala, escuchando, es un extravertido. En otras palabras, el factor determinante es, no cómo se comporta uno abiertamente, sino cómo consiguió hacerlo. Mirando a estas personas como si fueran figuras de una rueda imaginaria, el orador introvertido y el alumno extravertido, podríamos decir que cada uno de ellos ha efectuado un movimiento de acercamiento hacia el otro y que ahora pueden disfrutar de un mundo común a ambos. Cada uno puede hablar el lenguaje del otro y compartir el medio ambiente sin perder el contacto con su propia identidad básica.
En su libro El Tarot de Hoy, Mayananda utiliza el centro y la circunferencia de la Rueda de la Fortuna para ilustrar algunas de las diferencias entre las filosofías del Este y del Oeste.3 Según dice, las culturas del Este estarían cerca del centro de la Rueda, es un mundo de principes arquetípicos de cambio muy lento; la cultura del Este la sitúa más cerca de la periferia, donde estas ideas arquetípicas se han prolongado hasta realidades objetivas. El introvertido del Este se preocupa por los principios generales: la unidad, la eternidad, la estabilidad y el puro ser. El extravertido del Oeste está más interesado por los objetos

mundanos y las experiencias. Es un mundo de movimiento, libertad, diversificación y especialización. Los seres del Este empiezan el trabajo desde el centro de la Rueda hacia el exterior, mientras que los seres del Oeste empiezan por el exterior y van hacia el centro.
Observando los temperamentos y culturas de Oriente y Occidente comprenderemos mejor el significado de la afirmación de Jung cuando dijo que las técnicas de meditación del Este, adoptadas integralmente, resultan inadecuadas para las necesidades del Oeste. No se puede vivir creativamente a costa de adoptar un estilo que no es el propio. Contrariamente a lo que supone la mente, no es adoptando las costumbres opuestas a las propias como se consigue una mejor relación entre los distintos caracteres. Es solamente «haciendo el propio papel», pero de una manera más consciente, como cada uno llega a ser más auténticamente él mismo y finalmente encuentra su camino para entrar en contacto con el mundo de los demás y hablar su lenguaje. Entonces, podrán cooperar entre sí y compartir sus dos mundos armoniosamente.
Tanto para estos oponentes como para cualquier otro par de opuestos, la Rueda es el captador de proyecciones ideal, puesto que su función es totalmente «amoral». A diferencia de los platillos de la balanza de la Justicia, esta forma, también circular, no sirve para pesar ni medir valores relativos. Dado que no es un sistema lineal, su borde se ha convertido en el símbolo por excelencia de la igualdad y de la interrelación: ninguna posición es preferente en ella a las demás.
Por esta razón, el borde de un círculo se ha utilizado para situar una serie de conceptos iguales y relativos para demostrar su igualdad y la forma sutil en que cada uno comparte las cualidades de los que se hallan a ambos lados, mientras contrasta con su opuesto del otro lado del círculo. Los colores del espectro, los cuatro elementos y sus cualidades, los signos del Zodíaco, se han situado en una rueda móvil de esta manera.
En el / Ching, un antiguo libro de oráculos de origen chino, los sesenta y cuatro hexagramas que explican el significado de un momento determinado, también fueron representados en el borde de un círculo conjuntamente con las cuatro estaciones. Esta disposición y el hecho de que el título del libro sea El libro de las mutaciones subraya la idea de que el clima de cada momento, al igual que las estaciones, pertenece a su tiempo y es igualmente adecuado y necesario. Para la mente oriental, que no está ligada al pensamiento lineal, no existe el hexagrama «malo» para una cosa y el «bueno» para otra; cada uno pertenece a un tiempo determinado, a una estación. Por ejemplo, incluso el hexagrama llamado «Estancamiento» no ha de ser considerado negativo en sentido peyorativo, puesto que incluso las aguas estancadas bullen con nueva vida. Sin estos períodos de gestación, nada surgiría. Como muestra la rueda al girar, cada parte de su circunferencia contiene el germen de su parte opuesta.
La meditación sobre la Rueda nos permitirá ver que los momentos de nuestra vida no suceden como acontecimientos repentinos surgidos de no sabemos dónde en un momento determinado del calendario, sino que son la parte siempre cambiante de un proceso por el cual el pasado emerge en nuestra vida presente, y el presente, por su parte, va irremisiblemente hacia el futuro. Conectar con la Rueda en algunos momentos determinados de nuestras vidas puede ayudarnos a aceptar las paradojas del momento. Podemos considerar el presente como un punto determinado de la Rueda de la Fortuna, y en este punto, inevitable y simultáneamente, observamos que este instante del tiempo se mueve hacia otra fase de experiencia con el girar de la rueda. Parece ser que cuanto más podamos llegar a observar el momento presente sin vacilación y aceptarlo como lo que a menudo Jung llamó la «historia tal cual», tanto más capaces seremos de ver la Rueda como una totalidad y anticiparnos al movimiento de su girar.

Las cartas del Tarot, el I Ching, la Astrología, no tienen por supuesto poderes mágicos que aseguren la predicción de acontecimientos futuros, pero estas y otras técnicas similares nos ayudan a centrar nuestro conocimiento tan profundamente en el presente que podemos movernos con más facilidad con la Rueda de la Fortuna. Es cierto que no podemos liberarnos de ella, pero con este tipo de visión interior podremos quizás esquivar los mayores desastres ocasionados por nuestra propia ceguera. Aprendiendo a anticiparnos al ritmo de la Rueda podríamos escapar de vernos constantemente abatidos por sacudidas inesperadas.

Otra característica importante de la forma circular de una rueda es que su centro está equidistante de todos los puntos de la circunferencia. La famosa mesa del Rey Arturo era por supuesto redonda. El hecho de sentarse a una mesa redonda, sin cabecera ni fondo, no sólo iguala a los que se reúnen a su alrededor sino que proyecta la atención de todos hacia un mismo punto central. Esto demuestra la idea de que todos tienen un propósito común, que permanece central sea cual sea el punto de vista individual de cada uno de ellos. Cuando la atención está enfocada de esta manera, es muy posible que la solución de los problemas o las directrices surjan de una manera espontánea trayendo consigo una nueva unidad e inspiración al grupo. Esta idea queda bellamente ilustrada en una pintura antigua que muestra al Rey Arturo y a los Caballeros de la Tabla Redonda sentados alrededor de la mesa, en cuyo centro resplandece el Grial como una luminosa visión.4

Significativamente, la Rueda del Tarot no está dibujada como un círculo vacío. Esa vacuidad (como el vacío cero del Loco) pertenece a un estadio anterior de desarrollo, correspondiente al mundo indiferenciado de antes de la separación de los opuestos, al mundo del bufón bailarín. La Rueda no está vacía en absoluto. Sus seis fragmentos la dividen de modo funcional a la vez que la refuerzan, al conectar el aro exterior con el centro estable. Así dividida, parece una rueda solar, el antiguo símbolo utilizado para describir la fuerza vital divina. Seguramente no es casual que las separaciones del interior de la Rueda formen la «I» superpuesta a la «X», que es el monograma griego para Jesucristo.

La Rueda por sí misma encarna la doctrina central del misterio de todas las religiones mistéricas: el Hijo de la divinidad desciende a la tierra y se convierte en esclavo del ciclo de su carne mortal. De esta Rueda de la Vida es de lo que hay que liberarse para ganar la nueva ascensión al cielo, para recobrar la original unidad con Dios. La carta que estamos contemplando, si no más, puede representar el primer paso de este proceso: la involución y la generación', la clásica fórmula expresa el descenso del espíritu sobre la materia. En términos psicológicos, el nacimiento del ego, el desarrollo de su fuerza, empieza a liberarse de su dependencia de los arquetipos patriarcales y se establece por sí mismo en este mundo. Ahora, después del girar de la Rueda, los arcanos restantes van a mostrarnos los estadios siguientes: evolución y regeneración. En la fórmula antigua, clásica, esto se entendía como el desprendimiento del espíritu de la materia y el ascenso de esta última hacia una nueva unidad celestial. En términos psicológicos, los Arcanos restantes representan la segunda etapa de la vida, donde las energías del ego, después de haber conquistado el mundo exterior, se vuelven hacia adentro, hacia un desarrollo espiritual. En este punto, la «mitad del camino de la vida», nosotros, con Dante, entraremos en un mundo inexplorado, a menudo oscuro, donde tendremos que enfrentarnos con seres monstruosos y también hallar una nueva y fresca iluminación.

El hecho de que la vida del hombre vaya a menudo más allá de su utilidad biológica lo consideró Jung como una señal de que la vida tiene un signficado y sirve a un propósito más allá de la mera naturaleza animal. Como confirman los conocimientos médicos, parece ser que se nos ofrece la oportunidad de una vida totalmente nueva hacia la mitad

de nuestra vida, aunque solemos negar nuestros presentimientos o augurios. Es cada vez más frecuente encontrar a seres que, embarcados ya en los sesenta, se preparan para lo que llaman «la tercera mitad de la vida». Un nuevo giro de la Rueda lleno de oportunidades e intereses muy distintos de los de los años medios.

Por el contrario, encontramos también hoy en día a muchos jóvenes de veinte años para los cuales la Rueda ha dado ya una vuelta completa. Dado que la naturaleza de toda rueda es girar, no podemos acelerar el significado de esta carta llevándola a un momento determinado en el tiempo cronológico. La Rueda del Tarot representa un punto crucial del giro que puede tener lugar a cualquier edad de la vida. Además girará varias veces para nosotros.

Puede parecemos algunas veces que nuestra propia rueda personal ha quedado atrapada en una rodera, que la misma experiencia sucede una y otra vez; parece que nos hayamnos quedado fijados en un sueño recurrente o una pesadilla. Cuando sucede una cosa así podemos estar seguros de que no es la «Rueda de la Fortuna» la que ha quedado atrapada, sino nosotros mismos. Como dice un refrán: «¡Quien olvida la historia, se ve condenado a repetirla!». Cuando nos parezca, pues, que la historia se repite, debemos preguntarnos: ¿qué hemos olvidado? ¿Qué cosa específica deberíamos observar con más amplitud en el contexto de nuestra vida? Entonces, intentando sentir el significado simbólico del sueño o suceso determinado, podríamos desbloquear el amplio significado del sueño recurrente para que nuestras energías nos ayuden a avanzar y nuestras vidas queden libres.

Para utilizar otra metáfora, un sueño o un acontecimiento que se repite a menudo es como el sonar incesante del teléfono: cuando al fin cogemos el auricular, cesa el timbre y podemos escuchar el mensaje. Cada vez que podemos volvernos hacia el inconsciente y oír su mensaje, el movimiento repetitivo de la rueda de la vida se abre hacia una espiral más amplia. Probablemente, todos hemos experimentado alguna vez los estadios de este movimiento espiral. He aquí como los describe Jung:

«El camino hacia la meta parece caótico e interminable al principio, sólo gradualmente aparecen signos que nos indican que vamos a algún lado. El camino no es recto, parece dar vueltas en círculos. Un conocimiento más preciso del movimiento nos prueba que es espiral; los sueños vuelven después de cierto tiempo, de ciertos intervalos, para definir formas cuya característica es definir el centro.»5

Podríamos pensar que la Rueda del Tarot se mueve a través del espacio-tiempo de manera que, cuando nos encontramos regresando «al mismo lugar», podemos ver que estamos, sin embargo, en un grado de elevación diferente en relación con nuestra posición anterior, aunque estemos girando alrededor del mismo punto central. Como podremos observar, la rueda que gira ha sido en varias culturas símbolo para significar el viaje interior hacia la consciencia. Los alquimistas se referían a su obra como Circulare o Rota: «La Rueda». Un manuscrito del siglo XVII representa este proceso como una rueda de ocho partes con Mercurio dándole vueltas a la manivela.

En la filosofía oriental, el Mándala, que es un diagrama circular, se viene utilizando desde hace cientos de años como una ayuda para la meditación. Desde que Jung introdujo este término en la psicología moderna, la palabra mándala, que es el término hindú para nuestro «círculo», ha aparecido incesantemente en el lenguaje occidental. Como descubrió Jung, los mándalas se nos muestran de modo espontáneo en nuestros sueños en tiempos de tensión, cuando se necesita una compensación para una determinada situación llena de conflictos. Así pues, todos los mándalas sin duda surgieron como intentos espontáneos por parte del inconsciente para crear orden.

La Rueda del Tarot, con sus seis divisiones, es también un Mándala. Cuando admiramos su orden, encontramos quizá respuesta a preguntas que surgieron al principio del capítulo y resolver nuestros conflictos entre destino y libre albedrío. Podremos vernos a nosotros mismos inevitablemente atrapados en esta Rueda, sujetos a la naturaleza cíclica de toda vida; a nuestras razones circunstanciales externas y a nuestro desarrollo interno. Podremos reconocer que hemos nacido con unas limitaciones definidas, hereditarias y ambientales, y que ciertamente no poseemos el control de nuestros destinos. Pero no somos, de ninguna manera, moscas atrapadas en la tela de araña del Destino. Dentro de los confines de la Rueda hay un amplio campo de actuación para el movimiento.

Los extravertidos, nacidos cerca del borde exterior de la Rueda, pueden aprender a moverse hacia el interior, hacia su núcleo. Los introvertidos, por el contrario, pueden aprender a moverse hacia la periferia. Dado que todos experimentan el movimiento de la Rueda de diferente manera, la técnica de moverse dentro de sus límites puede ser distinta para cada uno de ellos.

Un extravertido cambia tan rápidamente de una actividad a otra que experimenta la vida como una serie de altos y bajos inconexos entre sí y a sí mismo como un conglomerado de personalidades distintas. El paso continuo de acontecimientos excitantes en su vida se da una sucesión tan rápida que le queda poco tiempo para considerar sus actos y tener en cuenta la pauta de su destino. Se acomoda tan rápidamente a los estímulos exteriores, encontrando instintivamente acomodo en ellos, que es fácil que se halle a veces separado de su identidad básica.

El extravertido puede desempeñar los papeles de padre, hijo, adolescente, ciudadano o revolucionario, con tanta facilidad que no se da cuenta del conflicto subyacente en los sentimientos e ideas que expresa en todos estos papeles. Cuando surge un conflicto momentáneo, es capaz de apartarlo de sí como si no tuviera ninguna importancia, zambulléndose de cabeza en la siguiente aventura. Sólo cuando la Rueda de la Fortuna le da un golpe fuerte se ve obligado a detenerse y examinar su propio papel y el fallo que pueda haber cometido. Es entonces cuando le pregunta a la esfinge: ¿Quién soy yol ¿Qué he hecho yo para que me suceda esto a mil

La esfinge es una criatura voluntariosa, más acostumbrada a hacer preguntas que a que se las hagan. Ni ella ni el movimiento de la Rueda son accesibles a la lógica; sólo a través de la imaginación creativa se puede desvelar su secreto. Para acercarse con éxito a la esfinge hay varias técnicas que han resultado beneficiosas, algunas de las cuales voy a revelar a continuación por si algún lector quiere probarlas la próxima vez que se vea atrapado en sus maquinaciones.

Encuentre un lugar tranquilo donde no vayan a molestarle. Trate de distanciarse del conflicto o problema en el que se halla inmerso. Cierre los ojos y permita que la escena transcurra dentro de su escenario interior como si le sucediera a otra persona. Trate de ver a los personajes implicados y observe su actuación como si estuviera viendo una película en la pantalla de su televisor. Esfuércese por oír el diálogo, captando las palabras y los gestos exactamente como si sucedieran en realidad. Entonces debe dejar errar su mente de la misma manera que lo haría si realmente estuviera viendo una película. ¿Cuál es la trama? ¿Cuál la heroína?

¿Quién es el malo? ¿Cómo puede resolverse este conflicto? Trate de analizar y captar los sentimientos que surgen en su interior. ¿Podrá hacer que vuelvan cuando los necesite? ¿Puede ver alguna semejanza entre estos personajes y situaciones y los de los conflictos del pasado? ¿Quizá la situación actual le recuerda situaciones de novelas, cuentos de hadas, mitos u obras de teatro? Por casualidad, ¿alguno de los personajes le trae a la memoria héroes famosos: Hércules, Hamlet, Napoleón, Cenicienta, Juana

de Arco, Scarlet O'Hará, etc...? Si ninguna de estas técnicas hace que suene la campanita, puede hacer una tirada de cartas de Tarot y usarlas como palanca para la reflexión. ¿Qué carta es la que podría representarle en la situación actual? ¿Cuál podría representar a otros personajes? ¿Hay algún personaje del Tarot que podría serle de especial ayuda en este momento? Si es así, ¿cómo podría manejar esta situación?

Coloque a este personaje en su escenario imaginario y observe lo que ella o él dicen o hacen. Si el personaje se niega a hablar, entonces, escriba el diálogo usted mismo. Escriba literalmente el diálogo para el desarrollo de este argumento, completándolo con descripciones de caracterización. No ahorre detalles y no censure ninguna idea por descabellada que le parezca. La esfinge tiene una manera extraña de responder a nuestras preguntas y sus repuestas se hallan escritas entre líneas la mayoría de las veces, y en tinta invisible. Así pues, no se sorprenda nadie si no sucede nada inmediatamente, pero no se sorprenda nadie tampoco si un día o dos después aparece una frase o una idea nueva donde antes sólo existía un espacio en blanco.

Para la mayoría de las personas extravertidas que no tienen acceso fácil a su mundo interior, esta u otras técnicas similares hacen las veces de puente para llegar al inconsciente. Un extravertido puede conectar con su modelo interior a través del trabajo imaginativo con los actos externos, ya que éstos no son más que un reflejo de ese interior. Puede empezar a descubrir cuáles son sus tendencias y cualidades que constelaron la presente crisis y al mismo tiempo puede encontrar dentro de su propia psique la sabiduría, la imaginación y la fuerza que le ayuden a resolver sus problemas. Descubrir a los personajes malvados que lleva dentro puede darle energía en el papel de «mal chico» de su drama exterior; descubrir sus héroes interiores le dará por otra parte la fuerza y visión interior para manejar a estos sujetos en todos los campos.

Mirando su vida desde este punto de vista, el extravertido puede acercarse un poco hacia el centro de la Rueda. Mientras lo hace, le parecerá que el ritmo de su vida es menos vertiginoso y caótico. Los miles de intereses y actividades que tiene estarán conectados ahora a un centro, consiguiendo con ello más solidez y estabilidad.

Las técnicas arriba descritas son, por supuesto, también útiles para los introvertidos. Dado que éstos experimentan los problemas de modo diferente, las preguntas que le harán a la esfinge serán distintas. Por regla general, un introvertido tiene fácil y buen contacto con el diseño de su ser interior, a menos que se haya visto forzado por las condiciones del medio ambiente o de la cultura hacia una extraversión efímera. Como nació más cerca del interior o centro de la Rueda, su ritmo de vida es más lento y pacífico, pocas veces se precipita hacia relaciones y actividades alocadas y, si alguna vez lo hace, o se aventura, suele hacerlo con todo su ser, sin dejar tras de sí parte alguna.

Pero, a pesar de que un introvertido mantiene un buen contacto con sus sentimientos internos, le es muy difícil comunicarlos a los demás. Como resultado de ello, un introvertido que viva en una cultura extravertida se siente incomprendido, y de hecho lo es en realidad. Desde el punto de vista de los demás, su paz, silencios prolongados, etc., se consideran hostiles, rudos y astutos. Los gestos de amistad llenos de timidez del introvertido (sin pulir por la sociedad), pueden parecer abruptos e inadecuados. Cuando el extravertido, engañado y desconfiado, se aleja, el introvertido se siente rechazado. Herido, desconcertado, confuso y generalmente desgraciado, se retira a su caparazón a lamerse las heridas, reforzando con ello la impresión que de él tenía el extravertido, de que era «reservado» y «difícil».

Cuando algo así sucede, la pregunta que el introvertido haría a la esfinge no es tanto ¿quién soy yo! (cosa que sabe más o menos) sino que preguntaría: ¿Quiénes son ellos! Necesita la ayuda de la esfinge para intentar comprender a los inexplicables monstruos y

los acontecimientos que suceden «allá afuera». Una persona sensitiva e introvertida suele encontrar incomprensiones (entre él y los demás) demasiado temibles como para hacerles frente directamente y no puede soportar el revivir estos dramas en su interior como podía nacerlo el extravertido. Dado que se ahoga en la realidad exterior, no puede por esto considerarla objetivamente. Puede, sin embargo, conectar bien con sus sueños. Si sucede así, debe tratar de captarlos y llevarlos al papel, escribirlos y pensar sobre ellos con la imaginación, según la misma técnica que sugerí anteriormente para afrontar los dramas de la vida real.

Un sueño es de hecho una representación, un drama. Los sueños siguen la misma estructura utilizada por los dramaturgos desde Esquilo hasta nuestros días: introducción, planteamiento del conflicto, crisis y desenlace. En un sueño, como en una obra, la secuencia temporal de los acontecimientos es importante. Por eso, al acercarnos a un sueño, es una buena idea empezar por la primera frase (leer esta frase con cuidado tratando de ver lo que se nos presenta en ella) y continuar después con el sueño frase por frase, tomándonos el tiempo necesario para analizar cada una antes de seguir a la siguiente.

La frase con la que se empieza un sueño, al igual que la primera frase de una obra teatral, establece el ambiente de lo que va a suceder después. Al descorrer el telón, ¿dónde se encuentra el soñador? (en un bosque oscuro, en una fiesta, en un tren, en un funeral, subiendo a una montaña, etc...) ¿Cuál es el ambiente de esta primera escena? ¿Es de terror, alegría, pena, frustración, aburrimiento, confusión, etc...? Pronto aparecerán otros personajes; pueden ser personas, gigantes, animales, hadas, reptiles, insectos, pájaros, etc... Si las personas que aparecen en la obra están relacionadas directamente con el «soñador», el sueño puede hablar directamente de esta situación manifiesta. Si, por el contrario, son personajes desconocidos, personajes de ficción o históricos, distantes en el pasado del soñador, parecen simbolizar más bien actitudes internas o modelos arquetípicos del inconsciente que actúan en la presente situación.

Es muy importante recordar que en un sueño los objetos inanimados juegan alguna vez papeles vitales de protagonismo y deben por ello quedar incluidos en la lista de personajes; a veces tienen un papel preponderante en la obra. Por ejemplo: un coche que no arranca, unos frenos que no frenan, un avión que aparece por milagro a rescatar en el preciso momento, etc...

Después de describir el lugar de la obra y los personajes presentados, pasamos al problema o conflicto. Las tensiones entre las fuerzas opuestas crecen y, al final del sueño, como al final de la obra, la escena final nos muestra el desenlace donde el conflicto generalmente (aunque no siempre) se resuelve.

Algunas veces, la acción del sueño es tan vaga y confusa que es difícil determinar su trama. Si sucede así, es útil preguntar dos cosas: ¿qué problema nos planteó el sueño y cómo se resolvía! Hay que considerar entonces literalmente lo sucedido en el sueño, como si sucediera en la vida real. ¿Cuál era el problema específico?, ¿arrancar el coche, frenarlo, tomar el tren, escapar de una bestia salvaje, ser exhibido desnudo en una plaza pública, etc...? ¿Cómo se resolvió este problema en el sueño? ¿Pudo al fin poner el coche en marcha, tomar el tren, huir, encontrar vestidos, etc...? ¿Pudo hallar la solución de su problema por sí mismo y sin ayuda o, si no, quién le ayudó y cómo? A menudo contestar a estas preguntas literalmente nos proporciona una conexión inmediata con el significado simbólico en la vida. ¿Eres dueño real de tus actos o bien te sientes ir pendiente abajo, sin frenos? ¿Estás escapando de algo «bestial»? ¿Quizá la situación presente hace que te sientas «desnudo» ante la vida? Observar cómo el soñador llegó a este estado puede ser

de gran ayuda para la vida exterior, y observar cómo los conflictos de los sueños se resolvieron puede darnos importantes claves para resolver nuestros problemas exteriores.
Algunos sueños son piezas de «suspense». Acaban repentinamente en el momento crítico sin dar la pista de su posible resolución. Con estos sueños, una técnica de gran utilidad consiste en escribir el acto final uno mismo. Quizá nos vengan a la mente soluciones para el sueño; si es así, hay que escribirlas rápidamente. ¿Cuál prefiere? ¿Cuál es la que ofrece la mejor solución posible en el problema de la realidad presente?
Hay que tratar de dibujar o pintar los personajes del sueño, quizá le recordarán a alguien que conoce o conoció. Alguien ficticio o real. ¿Este sueño insiste en motivos de otros que ya tuvo en otras ocasiones? Si colecciona sueños y lleva también un diario personal, es muy útil revisarlo y buscar en él si hubo sueños con idéntico tema y mirar qué es lo que sucedía en la vida real en el momento en que este sueño apareció. ¿Cómo se resolvió el sueño o el drama en aquella ocasión (tanto interna como exteriormente)? Quizá al hacerlo encontremos pistas para resolver los problemas actuales. También se puede abrir la baraja del Tarot y mirar los Arcanos, buscando una posible conexión entre ellos y los personajes del sueño.
Haciendo uso de estas y otras técnicas que acudan a la mente, el introvertido puede quizá empezar a encontrar modelos en los acontecimientos externos y conectarlos con el papel que juega la representación en sus sueños. El introvertido puede conseguir que el mundo y sus habitantes sean más comprensibles y menos temibles para él, tratando de conectar primero con la estructura del sueño conocido y aplicando después estas visiones a los hechos exteriores que le son menos familiares. El hecho de encontrar resolución a sus sueños internos puede dar al introvertido la energía y la confianza necesarias para abordar de una manera creativa la resolución de los problemas externos. Jugando imaginativamente con los hechos de su vida interior, puede crear un puente hacia la vida exterior, de manera que los sentimientos e ideas del introvertido puedan salir del mismo y ser recibidas tal como él las envió. En cuanto haya creado con éxito este puente hacia el mundo exterior, el introvertido se encontrará proyectado fuera del centro de la Rueda de la Fortuna, acercándose al borde de la misma. Una vez ahí, el amplio panorama le ofrecerá nuevos puntos de vista y la aceleración del movimiento le llevará hacia nuevas acciones.
Dado que nadie es totalmente introvertido ni totalmente éx-travertido, las ideas sugeridas aquí son útiles para ambos. El hecho es, por supuesto, que todos nosotros tenemos una parte en el mundo exterior y una en el mundo interior. Todos necesitamos conectar estos dos mundos dentro de nosotros y al hacer esto podremos conectar con los otros. El introvertido y el extravertido deben de procurar acortar las distancias que les separan de modo que puedan comunicarse y trabajar en armonía. Es muy importante que cada uno de ellos mantenga su propia identidad de modo que puedan trabajar de una manera compensatoria en la tarea de la búsqueda de la plenitud.
A diferencia de los dos animales de la Rueda de la Fortuna, nosotros los humanos tenemos el don de la consciencia y la imaginación creativa y, aunque nuestras vidas se hallen también sujetas a la rueda de las circunstancias (sobre la cual no tenemos ningún control), tampoco estamos fijados a ningún lugar de ella. Dentro de las fronteras de nuestra rueda hay más oportunidades de movimiento de lo que podemos imaginar. Imaginar, esa es la palabra clave. Mientras dejemos a nuestra imaginación moverse libremente, encontraremos manera de funcionar. Pero cuando nos acercamos a la esfinge con el intelecto de nuestro ego, podemos quedar fijados en una ideación circular o en interminables vueltas filosóficas y psicológicas.
He descubierto que hay una manera de dejar libre a nuestra imaginación: evitar preguntarle a la esfinge Por qué. ¿Por qué me sucedió eso? ¿Por qué me porté (o se

portaron) así? ¿Por qué soy tan tonto, inepto, incomprendido o lo que sea? He llegado a la conclusión de que, por lo menos para mí, las preguntas que empiezan con ese «por qué» no hacen más que sepultarme bajo toneladas de acusaciones y recriminaciones que entierran mis energías creativas bajo los «debí» o «pude» que me paralizan con sentimientos de culpa y rigor. Mientras que, quizá, antes me había responsabilizado demasiado poco por mi destino, empiezo a pensar que el peso de todo el mundo entero está cargado sobre mis hombros. Paso, de ser la «culpable» (totalmente responsable por lo que haya sucedido, una criatura incapaz de bregar con la humanidad), a pensar que son «ellos» los culpables y mi trabajo es castigarlos corrigiendo sus pasos equivocados en el camino del bien. Sea lo que fuere, en cualquiera de los dos casos, la creatividad queda paralizada.

Los «por qué» chupan la sangre de la vida como las Harpías. Aprender a interrogar a la esfinge, implorando su ayuda, es un arte. Si le proponemos preguntas que sean demasiado filosóficas o demasiado psicológicas, nos responderá con otras preguntas que harán del diálogo un espectáculo como el del delfín amaestrado. Si nuestro encuentro es demasiado literal y específico, sus respuestas pueden remitirnos a la realidad de manera inapropiada y desastrosa.

De acuerdo con el Zohar, en cada casa astrológica hay una puerta por la que el hombre puede escapar. Como hemos encontrado en todos los demás arcanos del Tarot, la llave de esta puerta es la comprensión simbólica más que la interpretación literal, el sentido interno más que el ambiente exterior. No podemos escapar a nuestro destino alejándonos de él. Pero quizá podamos modificarlo cayendo en la cuenta de las actitudes que pueden atraer a ese destino y modificando nuestro punto de vista.

Una vez más la historia de Edipo nos es útil. Cuando se le profetizó que mataría a su padre y se casaría con su madre, trató de escapar a su destino, modificando su entorno geográfico exterior más que su panorama interno. Para no matar a Pólibo, rey de los corintios (quien creía que era su madre), Edipo huyó a Tebas. En el camino encontró a un extraño a quien mató en una disputa por el derecho de preferencia de paso. Más tarde, se casó con la viuda extranjera, tan sólo para saber que el hombre que había matado era el rey Layo de Tebas, su padre verdadero, y que la mujer que había desposado era Yocasta, su propia madre.

Si Edipo hubiera considerado la susodicha profecía de forma simbólica y no literalmente, deteniéndose a examinar su interior en lugar de escapar a la geografía exterior, podría haber evitado el destino que le había sido profetizado de las dos maneras, tanto literal como simbólica. Por ejemplo, podría haber tomado la frase «matar a su padre» como una advertencia para que controlara su temperamento: impulsivo, de acciones repentinas y un tanto asesinas, que le hicieron valorar el derecho de paso como algo prioritario en un encuentro, llevándole a rebelarse ante los valores establecidos. Podría haber entendido «casarse con su madre» como símbolo de su necesidad infantil de una madre excesivamente protectora, o de una clueca. Un Edipo moderno con estas terribles premoniciones podría buscar la ayuda de un terapeuta profesional y así evitar el incesto y el asesinato, tanto simbólicos como literales. Como símbolo de meditación contemplativa, la Rueda de la Fortuna puede proporcionarnos infinitos significados. En momentos de confusión, agobiados por los repentinos altibajos de la vida, meditar sobre el centro de la Rueda puede tranquilizarnos al ponernos en contacto con su eterna estabilidad. Cuando nos sintamos muertos o sin vida, contemplar el borde exterior de la Rueda con su movimiento puede proporcionarnos nuevas fuerzas al ayudarnos a establecer contacto con las energías sin fronteras de la vida. Algunas veces sentimos que la vida se ha burlado de nosotros con sus innumerables jugarretas, deprimiéndonos de modo irresponsable.

Meditar acerca de la Rueda puede hacer que nos demos cuenta de que no ha sido la Esfinge la que nos ha hecho la mala pasada, sino que ha sido nuestra propia manera de pensar lineal la que nos ha hecho ver la vida como una jerarquía de logros que sigue un camino ascendente, subiendo y subiendo hasta alcanzar por fin la perfección celestial. Solamente aquéllos para los cuales la imagen de la vida es un viaje hacia la perfección, pueden verse derribados por su movimiento cíclico.

El hombre se ha puesto en pie sobre la Luna, viendo así la tierra flotar en el cielo. Seguramente esta experiencia le ha liberado ya para siempre del pensar jerárquico de que todo lo de arriba es bueno y deseable, mientras que todo lo de abajo no es más que una humillante encarnación de la carne, una condición imprescindible para progresar o trascender. Si un astronauta puesto en pie sobre la Luna alza su mirada al cielo en busca de ayuda, estaría mirando arriba, hacia nosotros. Es el milagro de nuestra época: nosotros mismos nos hemos visto elevados en cuerpo y alma al estadio celestial, conectándonos de nuevo y de modo simbólico con el Espíritu Santo.

Cuando nuestros viajeros espaciales se desligaron de la gravedad de la Tierra y ascendieron hacia el Cielo, trajeron fotografías de nuestro planeta, que flota silencioso en el espacio, lo cual nos dejó sin respiración al contemplar la visión de nosotros mismos y nuestra relación con el Cosmos, ofreciéndonos una visión de la condición humana más revolucionaria que la que supuso la visión de Copérnico. Al mirar esas fotografías, cada uno es capaz de trascender la gravedad de no pocas cosas terrenales y, elevándose sobre los problemas de la vida diaria, contemplar su destino personal como una amplia constelación derramada en el vasto cielo.

Muchas de estas ideas están incluidas en el simbolismo del número diez correspondiente a la Rueda dé la Fortuna. Este número, al igual que lo hiciera el cuatro del Emperador y el siete del Carro, es uno de esos números mágicos que nos remiten al número unitario, anunciando una nueva era de conocimiento e integración. La forma en que está escrito es también muy significativa: el cero, celestial (que apareció en el nueve del Ermitaño, como un cometa con la cola extendida hacia el suelo), bajó del cielo, o el reino de los dioses arquetípicos que cae hacia la realidad del cono-cimento humano, donde ahora se halla en pie, al lado del Uno, la unidad (símbolo del hombre, el único animal erguido, el único ser humano consciente). Esto puede presagiar una nueva era de conocimiento, en que el hombre, habiendo cortado su cordón umbilical, se liberó a si mismo y está ahora en pie observando el cosmos de manera objetiva, como nunca anteriormente.

Con el movimiento de la Rueda del Tarot y el impacto del número diez que se le asigna, nuestro héroe también experimenta una revolución psíquica. Por primera vez su ego, liberándose de la prisión circular de frivolidad sin fin, poniéndose en pie, contempla el modelo de su vida como una totalidad (observa a su ser individual como un mándala único contra el círculo que se expande hasta el infinito del Cosmos). Empieza a descubrir ahora, en el complicado maremágnum de sucesos de su vida, un hilo de significado, una historia posible de corte dramático. Empieza también a experimentar su destino personal como una especie de mito, conectándolo con los mitos de los dioses arquetípicos y de los héroes cuyas historias han inmortalizado las leyendas de todos los tiempos y cuyos nombres están ya para siempre ligados a las constelaciones celestes. Ahora el héroe empieza a comprender que su vida tiene también un lugar perpetuo en el gran tapiz del universo. La Rueda de la Fortuna gira incesantemente ofreciéndonos significados infinitos. Mientras el héroe contempla este movimiento, llega a sentir que la vida no es un acertijo de la esfinge que tengamos que solucionar, sino un proceso cósmico de asombroso misterio. Por

primera vez se detiene humildemente y tiene miedo de dos cosas a la vez: de los dioses y de su propia humanidad, mudo por la triste gloria de ser humano.